

## “LA MUERTE COMO PRELUDIO DE OTRAS FIESTAS”

(Alex Viguera ss.cc.)

Te invitamos a hacer oración con el poema “La muerte como prelude de otras fiestas” de Esteban Gumucio Vives, ss.cc. La poesía nos ayuda a orar: con sus metáforas, con sus imágenes; sobre todo, con la experiencia creyente que hay detrás.

- 1. Preparación de la oración:** Tomar conciencia de que toda la vida es regalo. Por eso es a la vez maravillosa y vulnerable. Toma conciencia de tu propia vida y de la vida que te rodea como regalo.  
**Gracia a pedir:** llegar a comprender la “fraterna presencia de la muerte”.

### 2. Análisis del poema

Te sugerimos que leas primero el poema completo, en la columna del lado derecho y, luego, lo releas parte por parte con el análisis correspondiente.

<p><b>La muerte como prelude de otras fiestas (Esteban Gumucio ss.cc.)</b></p> <p><b>En los confines del hombre, entre la piel y el alma, estaba la muerte agazapada como una ortiga al interior del viejo tronco. Siempre temida. Palpaba mi cuerpo y estaba allí presente en cada músculo, en cada célula, acortando mis días, saboteando pequeñas alegrías. Misteriosa como el revés de la vida, oscura y astuta como el pecado.</b></p>	<p><i>La muerte está presente en lo más íntimo, en realidad no es algo ajeno, sino que nos pertenece. Está presente, pero distante, escondida. Por ello es difícil de distinguir. Está escondida, pero preparada para atacar en el momento oportuno (“agazapada”). Provoca miedo. Está presente por todos lados, cada vez más presente a partir de la experiencia de vejez y enfermedad (“Palpaba mi cuerpo y estaba allí presente...”). Las alegrías son a medias de cara a la muerte. Se vive una contradicción: deseo de vivir v/s tener que morir, anhelo de eternidad v/s finitud. La muerte es misteriosa, es tal vez el misterio más radical de la vida en general y de sí mismo. Se escapa a nuestra capacidad de comprender. No podemos objetivarla para poder analizarla.</i></p>
<p><b>Y yo creía en ti. Creía en tu victoria, Señor. Creía débilmente, creía temeroso como un esclavo, creía y no creía en tu victoria sobre la muerte y el pecado;</b></p>	<p><i>Aquí se abre una temática que es la columna vertebral del poema. Se trata de un conflicto profundo en relación a qué es, cómo se hace la experiencia de la fe. En la declaración enfática: “Y yo creía en ti. Creía en tu victoria, Señor”, aparece alguien plenamente convencido. Pareciera que ya ha llegado a la plenitud de la fe, que ya nada teme, porque confía plenamente en el poder de Dios. El poema podría terminar aquí: toda la duda, todo el conflicto frente a la vejez y la muerte, se solucionaría con esta fe fuerte como un castillo. Pero, en seguida, todo se desarma: la fe era débil, movida por el temor. Hay momentos incluso de no-fe. Por ello es relevante la progresión: creía → creía débilmente → creía y no creía.</i></p>
<p><b>el pecado que es la raíz de la muerte, que es el huevo de la muerte, y la muerte que es la flor del pecado, el fruto maduro del pecado. Creía, pero ¿hasta qué zonas profundas,</b></p>	<p><i>Había un problema en la profundidad de la fe: “Creía, ¿pero hasta qué zonas profundas...?”. La falta de profundidad tendrá como consecuencia la falta de vitalidad de la fe. La muerte pone a prueba la profundidad de nuestra fe. Grave sería si, por no tener experiencias cuestionadoras, nuestra fe no se vea en</i></p>

<p>hasta qué sensibles datos vitales?  <b>Por la fe yo creía en tu victoria, Señor,  yo creía con las dudas de Tomás,  con las vacilaciones de Pedro  caminando inseguro sobre las aguas.  Creía, Señor, en tu victoria  cuando miraba la cruz en la oración  y en las alegres Pascuas de Resurrección.  Desfilaban ante mí  los ciegos, los cojos,  y los muertos devueltos a la vida,  que en signo de victoria Tú sanaste.  Creía en tu victoria, allá en la cima  de mi pobre pensamiento;  allí donde desmaya el alma  por la altura.</b></p>	<p><i>la necesidad de ser profundizada. Nos gusta así como la vivimos, nos es cómoda, no se torna demasiado molesta ni exigente.</i></p> <p><i>Su experiencia anterior de fe se fundaba en los signos verificables (“los ciegos, los cojos y los muertos devueltos a la vida...), en las experiencias gozosas, emocionantes (“las alegres pascuas de resurrección...”).</i></p> <p><i>Esteban detecta el problema: “Creía en tu victoria, allá en la cima de mi pobre pensamiento”. “Allá” representa el nivel de lo racional, de los conceptos, de lo ideal. El alma, que sería la que hace la experiencia real de la fe, no es apta para llegar “allá”, se apuna, le falta oxígeno. “Allá” representa lejanía, distancia. Cuando se trata de la fe, el pensamiento deja de ser la gran maravilla, al contrario, se revela en toda su fragilidad y pobreza. Se subraya, además el hecho de que el pensamiento es una “acción” mía, por la que yo busco, deduzco, concluyo. Mirado desde nuestro carisma podríamos decir que el camino de la fe tiene que ver con un itinerario del “allá” al “aquí”: de la razón al corazón, de lo superficial a lo profundo, de la periferia al centro, de lo ideal a lo encarnado.</i></p>
<p><b>Pero, al bajar a la vida cotidiana,  al llegar a la morada del sueño y la locura  y el desgaste de los días en las manos  y en los nervios  y en la afligida carne incierta,  dudé, Señor, de tu victoria.</b></p>	<p><i>En este lugar del poema se comienza a ahondar en las razones de la debilidad de la fe o de la falta de fe. El problema es el “aquí”: “Pero, al bajar a la vida cotidiana”, que es como decir: “pero, al bajar aquí”. “Allá” todo funcionaba, todo calzaba, todo era seguro. “Aquí” esa seguridad se desmorona. En el “aquí” todo se torna incierto, es como un sueño en que puede pasar cualquier cosa, es el ámbito del sin sentido, de la locura. Es el lugar del cansancio, del desgaste, de la aflicción y la incertidumbre. Por eso, y ahora en una confesión más abierta Esteban nos confidencia: “Dudé”. Así la secuencia anterior se completa: creía → creía débilmente → creía y no creía → dudé.</i></p>
<p><b>Sentí la muerte a mi lado sin esperanza,  sentí a la muerte en sus pasos ocultos,  oí sus pisadas merodeando mis instintos.  Yo vi a la muerte instalada, bostezando,  respirando por mis pulmones,  circulando por mi sangre,  enterrando sus garras en mi dolor,  haciendo preguntas locas y blasfemas.</b></p>	<p><i>“Sentí la muerte”, nos habla de un nivel personal de la experiencia de la muerte. A partir del verso que está más abajo nos dice: “...a la muerte la he visto...”, como refiriendo a un nivel más externo, histórico, social. Pero esa muerte que “he visto” está ligada a esa muerte instalada en mí.</i></p>
<p><b>Yo, a la muerte la he visto con su rostro  hambriento trabajando a sueldo  recortado.  Viviendo en viviendas infrahumanas.  Yo he visto a la muerte impidiendo la paz</b></p>	<p><i>Este largo texto es de un realismo asustador. Es mirar con lucidez en tremendo drama de la vida marcado por la violencia, el robo, la indignidad, el hambre, la guerra, la injusticia. Esta presencia de la muerte se impone con fuerza, no ocurre en un espacio pequeño de la vida, sino que atraviesa</i></p>

<p>para millones y millones de blancos y mestizos, indios y morenos.  <b>La he visto envuelta en banderas paseando su carroña en tanques de guerra.</b>  <b>La he visto altiva del brazo de los ricos acortando la tierra para que no alcance a ser morada de los trabajadores del campo. La he visto escondida detrás de las puertas de bronce de los bancos y financieras, adulterando el pan de los niños, trampeando la suma en sus computadores de hielo.</b>  <b>Yo a la muerte la he visto y la veo de ojos cerrados para no ver, de oídos tapados para no oír.</b>  <b>Yo he visto a la muerte triunfante, funeral de libertades en nuestra tierra americana...</b>  <b>Y yo he visto a la muerte, ciega y sorda en mi propio corazón...</b></p>	<p><i>la vida entera. Lo más terrible son sus víctimas: tratadas indignamente, burladas, engañadas, asesinadas. Es tan fuerte esa presencia que Esteban llega a decir: “Yo he visto a la muerte triunfante”. Lo más duro es que somos cómplice de ese desfile triunfal de la muerte pues “la he visto y la veo de ojos cerrados para no ver”.</i></p>
<p><b>Mas yo quiero creer en la victoria, decir no a la duda...</b>  <b>Busqué tu mano, escuché tu voz:</b>  <b>“El que cree en mí aunque haya muerto, aunque haya muerto vivirá...”</b></p>	<p><i>En el verso: “Mas yo quiero creer...” se ubica la posibilidad de algo nuevo, de seguir teniendo esperanza. Ya no es una declaración convencida: “Yo creo”, sino: “Yo quiero creer” algo así como un pensamiento interior, una súplica dicha desde la humildad, incluso desde el fracaso. A pesar de todo, de tantas razones para perder la fe, del triunfo de la muerte, de la frustración respecto de la humanidad y de sí mismo, el deseo de creer permanece. Podríamos completar la secuencia: creía → creía débilmente → creía y no creía → dudé →→ mas yo quiero creer.</i>  <i>Aquí se inicia un camino nuevo: “Busqué tu mano...”. El camino anterior había estado fundado en las propias búsquedas y deseos, en “mi pensamiento”. Aquí queremos dejarnos llevar por el Señor, ponernos de nuevo a la escucha de su Palabra. Ahora en el centro está el propio Dios (“tu mano... tu voz”).</i></p>
<p><b>Y ahora de tu mano he vuelto al pan y al silabario y a las palabras más lechosas del diccionario. Contigo, de la mano, fuimos juntos a esperar que le salgan alas a la oruga. Tú me dijiste: “No temas”, y comprendí simplemente la fraterna presencia de la muerte.</b></p>	<p><i>“Y ahora...”. Ha comenzado una experiencia nueva en la que, como un niño, caminamos tomados de la mano de Dios. Hay que aprender todo de nuevo, por eso hay que volver al silabario y a las palabras más lechosas del diccionario. Hay que volver a lo simple y elemental: el pan. Es como un nuevo nacimiento.</i>  <i>El tiempo se transfigura, pues se puede gastar “esperando que le salgan alas a la oruga”. Ya no es el tiempo de la productividad y de la prisa, sino el tiempo de la gratuidad.</i></p>

	<p><i>Se le ha perdido ya el miedo a la muerte, pero no porque se la haya comprendido en profundidad. Es un salto que se da en la pura confianza en la invitación del Señor: “No temas”. Dios no explica, simplemente invita a creer. “Comprendí simplemente” podríamos entenderlo como un comprender desde la confianza, un comprender que no necesitó pruebas ni argumentaciones. Es una nueva manera de comprender. La muerte que antes asustaba, aterrorizaba, punzaba, ahora es una “presencia fraterna”, es la “hermana muerte” como decía san Francisco.</i></p>
<p><b>Comienzan a nacerme raíces para otra tierra. El tronco viejo, áspero y friolento, sueña fuegos nuevos, y la savia incontenible ensaya otras maneras. Debajo de estos inviernos, yo sé que germinan flores amarillas y rosas en estas cicatrices rugosas, oscuras... Ahora, espero, hermano, y veo caer mis hojas como preludio de otras fiestas... ¡Y que florezca Dios, en mí; y que florezca!</b></p>	<p><i>La vejez, la enfermedad se transfiguran. Es el tiempo que anuncia una vida nueva con raíces en otra tierra, no plenamente conocidas, solo intuitas. Es posible el fuego nuevo, la savia incontenible, que son imágenes que podrían referir a la juventud. El dolor, la sensación de fracaso, las limitaciones de la vejez es tierra donde va germinando una vida nueva. Ahora se instala una nueva certeza, solo posible de la mano de Dios. Podríamos completar, ahora sí la secuencia: creía → creía débilmente → creía y no creía → dudé →→ mas yo quiero creer → ahora de tu mano, sé. El tiempo nuevo, la vida nueva no es una situación neutra, sino una fiesta. Los versos finales tienen a Dios en el centro. Es la entrega radical a lo que él quiera. Mi plenitud está en que sea Dios quien florezca en mí.</i></p>

3. **Coloquio:** dialoga sucesivamente con María, con Jesús, con el Padre.

4. **Examen de la oración:** ¿Qué es lo que más me resuena del poema de Esteban? ¿A qué me invita? ¿Cuál es el mensaje que esta reflexión me deja? ¿Con qué sentimiento quedo al final de esta meditación?